

¿En dónde ponemos nuestra esperanza?

Comunión y Liberación México ante las elecciones de 2018

México vive una elección de grandes proporciones: elegiremos al nuevo Presidente de la República y se renovará el Congreso de la Unión —integrado por las cámaras de diputados y de senadores— en un contexto marcado por una crisis profunda de violencia, desigualdad, exclusión, corrupción e impunidad.

Esta contienda electoral se caracteriza por el desaliento y cansancio de los mexicanos ante la incapacidad de los políticos para responder a los desafíos del país y el deseo de un cambio de rumbo. Podríamos añadir que las propuestas de los candidatos y sus partidos en esta contienda tienen grandes claroscuros; en todos existen acuerdos y coaliciones que se contraponen a sus propios ideales, lo que no deja muy claro qué tipo de gobierno es el que tendremos, gane quien gane.

En este escenario complejo se nos ponen delante preguntas fundamentales: ¿de dónde partimos para participar en estas elecciones?, ¿qué es lo que está en juego? y ¿en dónde tenemos puesta nuestra esperanza?

El punto de partida

En este tiempo es muy fácil reducir nuestra participación política al proceso electoral y pensar que todo empieza y termina con el voto. Esta mentalidad nos lleva a caer en dinámicas de propaganda y defensa de proyectos, no solo en los medios de comunicación y redes sociales, sino también en los ambientes y lugares de encuentro, como la casa, la escuela, el trabajo y los cafés.

Se gastan energías inútilmente, tratando de convencernos unos a otros

de que lo que creemos es lo más verdadero y útil para el país, y esto nos lleva muchas veces a la confrontación, la confusión o el cansancio, aunque poco o nada nos ayudamos a reconocer cuál es el punto de partida para juzgar esta circunstancia o cualquier otra.

Ante los desafíos que enfrenta nuestro país, ¿qué puede permitir que generemos una política que no termine sirviendo a ciertos grupos de poder o a intereses particulares?, ¿cómo lograr que no condicione la libertad de las personas con un proteccionismo abstracto?

Necesitamos que emerja con fuerza la memoria colectiva de los mexicanos, la cual existe y tiene raíces profundas, como lo pudimos “palpar” en el sismo del 19 de septiembre de 2017. En tal ocasión fue impresionante el sentido de solidaridad, cooperación y afecto entre todos los mexicanos. En las calles vimos que, por un momento, no existía la desigualdad ni la exclusión: todos unimos fuerzas para salir adelante de esa crisis.

La memoria de este hecho puede ser un punto de partida, que nos ayuda para que crezca nuestra esperanza y para que reconozcamos que dentro del corazón y conciencia de los mexicanos está arraigada esta capacidad

de vivir y hacer experiencia del bien común. Se trata de un fruto de la evangelización que aún actúa entre nosotros. No es un dato menor que en aquellos lugares donde la labor evangelizadora no se alcanzó a establecer plenamente, es donde hoy existen problemas más graves y complejos de violencia. Por ello, la existencia de la comunidad cristiana es un factor decisivo para que esta identidad sea cada vez más familiar y experimentable en lo cotidiano.

En este sentido, los miembros de la Iglesia tenemos una gran responsabilidad para contribuir a resolver los desafíos que enfrentamos. Es nuestra tarea construir lugares y ambientes donde prevalezca el bien de todos, antes que los intereses individuales.

Tenemos un gran tesoro que hoy es signo de unidad, comunión y obras.

La comunidad cristiana sigue siendo ese lugar de abrazo a los más pobres y necesitados, no sólo en situaciones económicas, sino también existenciales; es por ello que el Papa nos pide recurrentemente ser una Iglesia en salida.

La educación de la persona

En la arena política mexicana, sobre todo en este último periodo, hemos sido testigos de la implementación de

varias reformas, consideradas estructurales, llevadas a cabo con el intento de construir mejores condiciones de vida para los mexicanos. Este tipo de reformas siempre conllevan aspectos positivos y negativos, y hoy son parte importante del debate electoral. No es nuestra intención profundizar en ellas, pero sí afirmar que no existe reforma o estructura política que pueda acabar con los males de un país. En cambio, es necesaria la generación de un sujeto que, con toda su libertad y razón, sea capaz de mirar de un modo más verdadero la realidad. En este sentido, el fracaso o éxito de cualquier política de Estado pasa irremediablemente por la responsabilidad y libertad de las personas.

Por ello, es fundamental insistir aquí en la existencia de una “emergencia educativa”, de modo que en el centro del debate, propuestas y diálogo de los diferentes actores de la sociedad, se intente contribuir siempre a la creación de las mejores condiciones para una educación humana, que respete el valor de la persona y su libertad.

Conocimiento y no reactividad

Por último, es importante que frente al voto nos ayudemos a superar la reactividad, de modo que usemos adecuadamente la razón.

Para ello, hay que implicarnos en primera persona en el conocimiento de las propuestas o proyectos de los partidos políticos, así como de las personas que pretenden representarnos.

Es decisivo estar atentos y reconocer con sencillez en dónde encontramos una simpatía o correspondencia con nuestros ideales (familia, educación, trabajo). Don Giussani —fundador de Comunión y Liberación— siempre nos educó a juzgar a partir “de lo que hay y no de lo que falta”. Es verdad que faltan muchas cosas, pero como cristianos siempre estamos llamados a hacer un trabajo personal. En este caso se nos sugiere reflexionar en silencio, para que el próximo 1 de julio, y sobre todo después de las elecciones, demos seguimiento a la tarea que el papa Francisco nos indicó en su discurso en Palacio Nacional el 13 de febrero de 2016:

“A los dirigentes de la vida social, cultural y política, les corresponde de modo especial trabajar para ofrecer a todos los ciudadanos la oportunidad de ser dignos actores de su propio destino, en su familia y en todos los círculos en los que se desarrolla la sociabilidad humana, ayudándoles a un acceso efectivo a los bienes materiales y espirituales indispensables: vivienda adecuada, trabajo digno, alimento, justicia real, seguridad efectiva, un ambiente sano y de paz.

”Esto no es sólo un asunto de leyes que requieran de actualizaciones y mejoras —siempre necesarias—, sino de una urgente formación de la responsabilidad personal de cada uno, con pleno respeto del otro como corresponsable en la causa común de promover el desarrollo nacional. Es una tarea que involucra a todo el pueblo mexicano en las distintas instancias tanto públicas como privadas, tanto colectivas como individuales”.